

Universidad de Alcalá
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
Plaza de la Victoria s/n
Alcalá de Henares (Madrid)



www3.uah.es/congresoreps2013

ORGANIZADORES:



**Universidad
de Alcalá**

PATROCINADORES:



INAP
INSTITUTO NACIONAL DE
ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

Joaquín Costa
Grupo de Investigación en Políticas Sociales
Universidad de Alcalá



FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA

RED ESPAÑOLA
DE POLÍTICA SOCIAL espa

LAS POLÍTICAS SOCIALES ENTRE CRISIS Y POST-CRISIS

6 y 7 de Junio de 2013



Red Española de Política Social



**Universidad
de Alcalá**

Los ‘nuevos pobres’: representaciones colectivas sobre la crisis y la pobreza en las nuevas capas sociales vulnerabilizadas

The 'new poor': collective representations with regard to the crisis and poverty in the new vulnerable social strata

Ángel Zurdo Alaguero

Araceli Serrano Pascual

Universidad Complutense de Madrid¹

Resumen

A partir de un estudio cualitativo integrado por grupos de discusión, grupos triangulares y entrevistas abiertas, y tomando como base el espacio social —enormemente heterogéneo— vinculado a la que problemáticamente podríamos denominar «nueva pobreza», constatamos la diversidad de las posiciones discursivas, conformadas a partir de la confluencia compleja de espacios ideológicos, contextos sociales, y de actitudes vitales prototípicas. Se presta especial atención a las representaciones sociales que, desde las posiciones sociales adscritas a la «nueva pobreza» (espacio social en proceso de ampliación desbocada, y que apunta la emergencia de una verdadera nueva ‘cuestión social’) se elaboran sobre: la situación de pobreza y privación, la crisis económica, y la atribución de responsabilidades sobre esta última que se realizan entre las distintas instituciones y actores sociales.

Se analiza desde una perspectiva sociohermenéutica cómo circulan, se modifican y condicionan algunos nuevos (y otros no tan nuevos) ‘tópicos’ discursivos —no necesariamente congruentes o coherentes entre sí— sobre el origen y el devenir de la crisis. A partir del diagnóstico de un proceso de ‘caída libre’, o de ‘estar en el fondo’, atendemos también a las estrategias que se

1. Ángel Zurdo Alaguero, Departamento de Sociología VI (Opinión Pública y Cultura de Masas), Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid. e-mail: angel.zurdo@ccinf.ucm.es. Araceli Serrano Pascual, Departamento de Sociología IV (Metodología de la Investigación Social y Teoría de la Comunicación), Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid. e-mail: araceli@cps.ucm.es.

ensayan discursivamente —y pragmáticamente— como salidas a la crisis, frecuentemente ilusorias e idealizantes, y que transitan entre la huida y la propuesta.

Palabras clave:

“Nueva pobreza”; crisis; representaciones colectivas; discursos sociales.

Abstract

This paper is based on qualitative research that was carried out in the region of Madrid, which took as objective the exploration of the social space —enormously diverse— linked to that which we might tentatively and problematically call ‘new poverty’. This space is in the process of unbridled amplification, suggesting the emergence of a new ‘social question’. Based on empirical evidence, this paper analyses the diversity of discursive positions and social representations with regard to the crisis (and in extension about poverty and deprivation), also considering the strategies articulated to confront it. These dimensions would be conformed from the complex and dynamic confluence of ideological spaces, social contexts, and prototypical vital attitudes. Finally, the paper addresses and discusses the attribution of responsibilities that this collective of ‘new poor’ takes upon themselves because of the crisis with respect to distinct political and economic institutions, and social actors

Keywords en inglés, con las mismas indicaciones de estilo del resumen

‘New poverty’, crisis, privation, social representations, social discourses

Introducción

En las páginas que siguen, pretendemos realizar una aproximación tentativa a las posiciones discursivas y las estrategias de ‘gestión’ de la crisis, que elaboran aquellos sectores de las clases populares y medias que más se han visto afectados por el proceso de empobrecimiento social asociado a la crisis económica de los últimos años, y que aglutinamos en la categoría de ‘nueva pobreza’². El contexto del análisis de nuestro material empírico no se circunscribe a los aspectos económicos de la crisis. La conceptualización de la crisis en los discursos sociales es compleja, aunque se construya a partir de la esfera de lo económico, interrelaciona múltiples dimensiones

² Utilizamos el concepto de «nuevos pobres» o «nueva pobreza» para referirnos a los sujetos y grupos desestabilizados por los actuales acontecimientos, derivados de las manifestaciones del capitalismo contemporáneo y sus crisis económicas (especialmente la actual), y que puede implicar —o no— la acción acumulada de otros factores excluyentes.

de lo social, y de esa forma, tiende a contraponerse a los discursos técnicos, y a gran parte de los discursos académicos (que ‘contaminan’ el debate político), que aíslan artificialmente la esfera económica del resto de ámbitos de lo social, y que de esta manera, ofrecen una versión mutilada de la crisis.

Partimos de una conceptualización ‘social’ amplia de la crisis, lo que implica necesariamente su consideración como fenómeno complejo, que repercute sobre múltiples esferas de lo social conectadas dinámicamente entre sí. Creemos que la crisis actual debe conceptualizarse prioritariamente como una “crisis de lo social” (Velasco, 2012: 205). Cabe apuntar al respecto que fue Marx “quien desarrolla en las ciencias sociales, por vez primera, un concepto de crisis sistémica” (Habermas, 1995: 15)³. La frecuente reducción analítica de la ‘realidad’ de la crisis a su dimensión económica (normalmente limitada a indicadores macroeconómicos típicos), supone perder por el camino sus implicaciones institucionales e ideológicas. Comporta también obviar los procesos de ejercicio de poder y las dinámicas sociales asociadas a la situación de crisis, y sobre todo, termina sepultando las relaciones y experiencias sociales de aquellos sujetos —tanto a nivel individual como grupal— que conviven con, sobreviven y sufren la crisis. Finalmente, esta conceptualización económica (legítima, pero extremadamente estrecha) termina obviando los procesos de cambio y reestructuración social a los que estamos asistiendo. En cierta medida, la caracterización unidimensional de la crisis consigue —a través de un potente proceso de objetivación— desplazar a un segundo plano en la agenda política (y de una forma no inocua ideológicamente), la dimensión social y los dramáticos efectos sociales de la crisis.

Desde nuestro punto de vista, la crisis actual se configura como una *crisis social* de carácter generalizado, como un verdadero *fenómeno social total*, puesto que en su realidad concreta atraviesa e interconecta múltiples esferas de lo social (incluyendo, claro está, la económica). La crisis toma la forma de una totalidad concreta ‘traspasada’ por contradicciones sociales, culturales, ideológicas y político-económicas (Domínguez, 2000).

Por otra parte, el marcado proceso de desregulación, la intensa desarticulación de políticas sociales, y por supuesto, la destrucción masiva de puestos de trabajo, con sus consecuencias demoledoras, no solo desde el punto de vista material, sino también en términos de identidad social, potencian los efectos anómicos de la crisis (Velasco 2012: 215), en su sentido mertoniano. Recordemos que Merton (reelaborando el concepto propuesto por Durkheim), define la situación

³ Pese a ello, algunos autores señalan que en la obra de Marx no encontramos una verdadera ‘teoría de la crisis’ dado que el autor alemán no se concentra en el análisis y caracterización sistemática de la crisis como “fenómeno catastrófico”, sino que ‘simplemente’ tiende a subrayar “la inherente propensión a la crisis que subyace a la permanente inestabilidad de la vida social en el contexto del capitalismo” (Clarke, 1994: 190).

anómica en términos de “quiebra de la estructura cultural, que tiene lugar en particular cuando hay una disyunción aguda entre las normas y los objetivos culturales y las capacidades socialmente estructuradas de los individuos del grupo para obrar de acuerdo con aquellos” (Merton, 1995: 241). Esta dislocación se acentúa drásticamente en el contexto de la crisis, afectando especialmente a las clases populares que se incorporaron durante la etapa de crecimiento a consumos normalizados, identificados socialmente como prototípicos de estilos de vida de ‘clase media’, y que en el actual proceso de contracción económica no sólo pierden capacidad adquisitiva (abandonando esas pautas de consumo normalizadas, con las consecuencias identitarias que ello conlleva), sino también el trabajo, fuente primordial de esa identidad social ahora extremadamente deteriorada que empuja hacia una situación anómica.

Con respecto a los discursos sociales circulantes en torno a la crisis, es evidente que, en su configuración, están muy condicionados por la labor de los medios de comunicación⁴. A pesar del evidente éxito (en términos de difusión social) de las metáforas sobre la crisis elaboradas en los discursos expertos de los economistas (*vid.* Lizcano, 2008 y 2012), no debemos caer en la tentación de adoptar una posición mecanicista; los discursos ‘populares’, si bien abrazan —y hasta amplifican— algunas de las metáforas más potentes difundidas a través de los medios de comunicación, tienen ‘vida propia’, son elaboraciones complejas que surgen a partir de la interacción concreta en contextos sociales específicos, pero al mismo tiempo, también complejos. Como nos recuerdan Orellana *et al.* (2007: 75), “los hablantes no se hacen eco de cualquier hallazgo metafórico producido en los medios; no toda metáfora pronunciada es reproducida y cobra aliento social”. Es cierto que los grupos sociales reelaboran su discurso sobre la crisis retomando frecuentemente las imágenes, metáforas, clichés, y tópicos elaborados por las distintas elites que son posteriormente amplificados y filtrados selectivamente por los medios. Para nuestro colectivo de ‘nuevos pobres’ las noticias periodísticas aparecen como un referente discursivo central (especialmente en televisión y prensa gratuita), pero el discurso de los medios —sobre el que existe una fuerte suspicacia, por sus servidumbres ideológicas y políticas— es confrontado constantemente con su propia experiencia concreta, y es reelaborado día a día desde una perspectiva ideológica en el contexto relacional más próximo.

⁴ Un conocido texto que explora el papel central de los medios de comunicación en el proceso de construcción del miedo social y las crisis, contextualizándolo en estrategias de ejercicio de poder y control social, es el de Altheide (2001).

1 Metodología

El contenido de este trabajo se deriva de una investigación cualitativa desarrollada en la Comunidad de Madrid⁵, en dos fases diferentes. Una primera fase del trabajo de campo se llevó a término a lo largo de la primavera y principios del verano de 2011 (se organizaron seis grupos de discusión), y una segunda fase se desarrolló a lo largo de los meses de verano y otoño de 2012 (realizándose ocho entrevistas abiertas y dos grupos triangulares)⁶. La segunda fase del campo se concibió y diseñó como complemento de la primera, con el fin de acceder a aquellos perfiles más específicos (a través de las entrevistas abiertas), y a variantes discursivas menos centrales socialmente (tratando al mismo tiempo de fijar los vectores de desarrollo y ‘escape’ de los discursos circulantes), con ese fin, se utilizó la práctica de investigación del grupo triangular. En ese sentido, el material nos permite acceder, desde una perspectiva temporal, a variaciones sutiles, pero al mismo tiempo significativas, de la argumentación y el ‘foco’ de atención en los discursos (con respecto a la atribución de responsabilidades, a las estrategias ante la crisis, a la valoración los movimientos sociales, etcétera). Dado que la crisis, lejos de configurarse como un fenómeno puntual, se concreta como un proceso social de largo recorrido, disponer de material empírico producido en dos momentos distintos, lejos de implicar una debilidad, se convierte en un activo importante.

2 La percepción social de la crisis entre los ‘nuevos pobres’

Como señala Domínguez (2000) “La crisis no es y no puede ser meramente un proceso histórico objetivo, es también un proceso histórico «subjetivo»”. Y precisamente en esta comunicación nos interesa profundizar en la percepción subjetiva de los actores más afectados

⁵ Proyecto subvencionado por la Comunidad de Madrid y la Universidad Complutense de Madrid (convocatoria de diciembre de 2010) con número de referencia CCG10-UC/HUM-4984, y que llevó por título “Miradas sobre la pobreza: representaciones sociales del sector de nuevos pobres de la Comunidad de Madrid en un contexto de crisis económica”.

⁶ Incorporamos aquí una reseña telegráfica del diseño del trabajo de campo, que se llevó a cabo en la Comunidad de Madrid. Todos los participantes se encontraban en situación de pobreza. *Grupos de discusión*: (GD1) Jóvenes en paro de clase media baja y baja con estudios medios; (GD2) Varones adultos de clase obrera, parados de larga duración; (GD3) Adultos de clase media baja en paro; (GD4) Inmigrantes rumanos adultos en paro; (GD5) Mujeres responsables de familias monoparentales en paro; (GD6) Jóvenes de clase obrera en paro. *Grupos triangulares*: (GT1) Jóvenes ‘maduros’ movilizados y en paro; (GT2) Adultos de clase media funcional en paro. *Entrevistas*: (E1) Mujer trabajadora pobre (44 años), con cargas familiares; (E2) Varón inmigrante marroquí (36 años), con cargas familiares, recoge cartón y plástico; (E3) Mujer inmigrante latina en paro (33 años), ha trabajado en servicio doméstico; (E4) Varón (53 años) de clase obrera alta en paro, prestaciones agotadas; (E5) Varón (58 años) de clase media (autónomo) en paro y sin prestaciones, desahuciado; (E6) Trabajador pobre de clase obrera (30 años); (E7) Mujer trabajadora pobre (28 años) con trabajo temporal; (E8) Varón, adulto joven (32 años) ingeniero superior, trayectoria laboral precaria y discontinua, en paro.

por la crisis, aquéllos que han pasado a engrosar la lábil categoría de los ‘nuevos pobres’. Resulta evidente, que la percepción de la crisis por parte de los sujetos sociales, forma parte indisoluble de la propia crisis, y de su devenir (Augé, 2012: 70). En la misma dirección Habermas (1995: 15) recuerda que “la crisis es inseparable de la percepción interior de quien la padece”. Es evidente que toda crisis en su desarrollo está atravesada por un *proceso de subjetivización —dinámico—* que es crítico para entender su configuración social y su desarrollo. Ese proceso de subjetivización se produce irremediamente en el campo de lo social, fundamentalmente en el espacio de la interacción social. Por lo tanto, a pesar de que “con las crisis asociamos la idea de un poder objetivo que arrebató al sujeto una parte de la soberanía que normalmente le corresponde” (*ibíd.*), el sujeto —y los grupos sociales— viven y sobreviven la crisis, y haciéndolo afrontan estrategias y dinámicas de reconstrucción.

El elemento central de la vivencia de la crisis es la *incertidumbre*, que se refleja nítidamente en los discursos de los sectores de las clases populares más afectados y que integran el grupo más numeroso entre los nuevos pobres. En un contexto de fuerte incertidumbre, los discursos tienden a ser más tentativos, principalmente con respecto al futuro, pero incluso cuando se aborda la explicación de la crisis. Así los discursos, recogen y reelaboran en ocasiones los planteamientos de los expertos (proyectados por los medios), y movilizan tópicos (explicaciones que simplifican la complejidad circundante a la hora de hacer comprensible la realidad, generando sentido).

Como veremos, la importancia otorgada a la base individual en la interpretación de las causas de la crisis, se inscribe y toma sentido en un proceso de ‘psicologización’ de los procesos y problemas sociales, que si bien no es nuevo, se expresa con especial nitidez en el contexto de la crisis. En este caso, se ha producido un patente proceso de *psicologización de las causas de la crisis*, que en ningún caso es inocuo en términos ideológicos y que ha sido promovido desde las instancias de poder económico y político. Ya Sennett anticipó a mediados de los años setenta del pasado siglo el vector de privatización al hacer referencia al “desgaste de la vida pública” (Sennett, 2001: 25). El sociólogo norteamericano, identificaba el advenimiento de una ideología de la intimidad que trocaba las categorías políticas en categorías de orden psicológico (*ibíd.*: 568). Para Sennett “se ha producido una confusión entre la vida privada y la pública; la gente está resolviendo en términos de sentimientos personales aquellas cuestiones públicas que sólo pueden ser correctamente tratadas a través de códigos de significado impersonal” (*ibíd.*: 24).

Inmersos en un potente proceso de individualización, la búsqueda de “soluciones biográficas a problemas sistémicos” (Beck, 2001) se convierte —en el marco de la crisis— cada vez más

(ante la imposibilidad de encontrar soluciones individuales en el mercado de trabajo, con respecto a la vivienda, etc.), en la búsqueda de *estrategias de 'gestión' psicológica* para no caer en la desesperación, en el extremo, apoyadas incluso en la farmacologización psiquiátrica (como aparece expresado en nuestro campo). Los problemas sociales se reducen y reconvierten en problemas de gestión psíquica de situaciones personales adversas (reflejo de un potente mecanismo de subjetivización), lo cual refleja el reforzamiento de ciertos dispositivos de control social, que residen y funcionan a nivel individual. Esta psicologización converge a nivel ideológico con el discurso de responsabilización individual de los sujetos, que incide en la asunción de los fracasos como propios, y la presencia de discursos —entre las propias clases depauperadas— centrados en la adaptabilidad del sujeto con respecto a las condiciones dadas. Son procesos y discursos que finalmente dificultan sobremanera la articulación de estrategias colectivas y la movilización social.

2.1 Imágenes y metáforas sobre la crisis: una aproximación

Para comenzar nuestra aproximación a los discursos sobre la crisis, abordaremos una revisión —no exhaustiva— de algunas de las concepciones generales, imágenes y metáforas sobre la crisis que circulan en nuestro material cualitativo. En general los grupos y entrevistas proyectan una percepción enormemente pesimista de la situación social y económica. En el contexto de su trayectoria vital reciente, es difícil que sea de otra manera. Son frecuentes afirmaciones del tipo: “Lo veo todo muy negro” (E8), “no tenemos futuro [...] menos lo tienen nuestros hijos” (GD2), etcétera. Pero, dentro de ese consenso de fondo, aparecen variaciones discursivas muy significativas.

En el extremo ‘pesimista’ encontramos sectores que proyectan una visión eminentemente *apocalíptica* sobre el futuro. En una de nuestras entrevistas se rememora la película *Mad Max*, para concretar esa concepción del futuro (atravesada por la escasez, la violencia y barbarie, la decadencia tecnológica, el aislamiento social...), ligándolo a una perspectiva estrictamente hobbesiana: “pegándonos por un trozo de pan” (E8). Esta mirada apocalíptica y de denegación del progreso se asocia usualmente a posiciones de frustración y desencanto. Además, implícitamente la imagen de un futuro apocalíptico, supone el reverso de la aceptación de un pecado, una culpa, que es necesario expiar. No todos los nuevos pobres se ubican en esa posición, pero la crisis facilita este tipo de posicionamientos. Como contrapunto relativamente ‘optimista’, expresando una posición mucho más confiada acerca del futuro (que parte de las

capacidades del sujeto), podemos referirnos a la fracción elitista meritocrática de las clases medias funcionales empobrecidas⁷.

Encontramos otros relatos sobre la crisis que remiten a una caída repentina, inesperada (un verdadero ‘despeñarse’ o ‘precipitarse’ al vacío), asociada a cambios drásticos en los estilos de vida, en las condiciones materiales de existencia, y finalmente en la propia cotidianidad, que podríamos condensar en la idea del *desplome y la pérdida*, (“yo hace año y medio *tenía una vida*, tenía mi casa”, “lo he perdido todo” GD5). La crisis no sólo se concreta en la pérdida, sino también en la vivencia de *estar perdido*, sin cauces de acción claros, sin referentes, sin estrategias, sin posibilidades. Se define una situación claramente anómica, que en el extremo termina concretándose en las vivencias de *acabamiento* especialmente frecuentes entre los varones obreros de edades intermedias.

Entre aquellos segmentos que no padecen una privación extrema (trabajadores pobres, perceptores de prestaciones, sujetos con apoyo familiar, o una combinación de estas situaciones), encontramos una fracción que ofrece una visión más neutra de la crisis, que se opone en cierta medida a la concepción de la crisis como desplome, y que identifica ‘simplemente’ una mala racha, una *situación pasajera* (“estamos pasando una mala época pero que... se puede salir” GD5), que toma la forma de un suceso azaroso, ligado a una cierta aleatoriedad, “que le puede pasar a cualquiera ¿eh?” (GD5). De esta manera, en estas imágenes la crisis no parece responder a una lógica social estructural. La crisis tiende a adquirir una dimensión eminentemente individual, e implícitamente, las estrategias de salida deben también configurarse desde el sujeto. De todas maneras, la salida a la crisis se vincula frecuentemente a que las cosas sigan su curso natural, un recorrido caracterizado por los altibajos (“yo tengo entendido que hay ciclos, o sea hay valles, crestas” GT2). Nos encontramos ante una visión no politizada de la crisis, que la naturaliza y normaliza, y que requiere del sujeto una capacidad reactiva de carácter adaptativo. Domina pues en este segmento la aceptación resignada y acrítica de la situación.

Entre las imágenes que se proyectan sobre el proceso de crisis, en una posición especialmente ambigua, emerge la expectativa (situada entre el deseo y el temor) de que la situación ‘explote’, es decir, que se produzca un *estallido social* de carácter catártico. Se nos dice,

⁷ Siguiendo a Alfonso Ortí (cfr. Colectivo Ioé, 2007: 16). “Las clases medias funcionales son trabajadores por cuenta ajena que ocupan funciones de mediación y gestión organizativa dentro del aparato del Estado o de las cada vez más extensas burocracias empresariales. Estas clases medias «ocupan aquellas posiciones jerárquicas de control, poder organizativo, liderazgo y asesoramiento (como directivos o gerentes, cuadros superiores o técnicos y profesionales altamente cualificados) que convierte en estratégica su histórica función de mediación (a veces políticamente decisiva) en las luchas entre capital y trabajo, y en general en todos los conflictos sociales e ideológicos»”.

esto “tiene que explotar” (E6). Se trata de un diagnóstico muy ambivalente que condensa una línea discursiva progresiva y otra conservadora que pasamos a explicitar. Por un lado, remite a un deseo de que el contexto social cambie radicalmente (explosivamente), a través de un estallido, el anhelo de que la gente (dado el progresivo deterioro de las condiciones de existencia) tome conciencia, se rebele contra los responsables de la crisis y ‘salde cuentas’. Ahí aparece una cierta dosis de esperanza, de confianza en la posibilidad de un cambio a mejor.

Pero, existe una segunda línea de significación, que se adhiere potentemente a la primera, muy vinculada a la venganza y la rabia. Toda explosión resulta destructiva, es difícil controlarla y prever sus efectos. De esta manera esperar (...y ahora también temer) un estallido social, implica admitir la posibilidad de una desestabilización social, de una desarticulación del orden (opresivo, pero, orden al fin y al cabo), anticipando una deriva hacia ‘quién sabe dónde...’. Y desde ahí, emana un temor difuso que enlaza con las posiciones más apocalípticas de fondo conservador. Así pues, encontramos una visión ambivalente que bascula entre el deseo y la esperanza de un orden nuevo y más justo (sin que existan imágenes nítidas de cómo configúralo), y el miedo al desorden, la destrucción. El miedo a la propia violencia desatada.

Desde las posiciones ‘críticas progresivas’ —de carácter minoritario— se elabora otra concepción de la crisis, destacando su dimensión ideológica. Se entiende que la crisis —al menos en parte— es resultado de una *estrategia perfectamente planificada* desde las posiciones de poder. En ese sentido, se duda de su dimensión objetiva (“...si esta crisis, que no sé si es crisis, o es una medio invención de las oligarquías” GT2, “esto no es la crisis, esto es pensamiento ideológico” GT1). La crisis jugaría un papel *estrictamente funcional* para el sistema, se configura como una crisis de ajuste —ejecutada por el poder político y también económico— que permite fortalecer los principios básicos sobre los que se asientan el funcionamiento del capitalismo, a costa de los ciudadanos (a través de las políticas de recorte y desmantelamiento del Estado de Bienestar). Las recetas contra la crisis están profundamente orientadas desde una perspectiva ideológica y poseerían una dimensión eminentemente disciplinante.

Ligado a las experiencias de desorientación y de ‘estar perdido’, y a la percepción de elevada incertidumbre, podemos hacer referencia a una metáfora sobre la crisis, ligada al “estar atrapado en un laberinto” (GT1). Se trata de una imagen, que resalta especialmente la dimensión individual y anómica de la vivencia de la crisis. El laberinto potencia simultáneamente el sentido de estar perdido y atrapado (“no hay salida” GT1). Por otra parte, el laberinto, en cuanto espacio *planificado*, es un dispositivo que concreta el ejercicio del poder, quien está en un laberinto, está

sometido a quien lo diseñó, acepta su lógica. Todas estas significaciones tienen una aplicación directa a la vivencia de la crisis por parte del colectivo de nuevos pobres.

Otras metáforas de significación ‘pesimista’, que hacen referencia a la crisis como un proceso desbocado e incontrolable, las encontramos en la evocación de la *espiral* (asimilable a las imágenes del remolino, o de la caída en barrena) y la bola de nieve (asimilable a las imágenes de la avalancha o el tsunami), y de manera quizá menos nítida, en la imagen de ‘caer a un pozo’ (o despeñarse). Metáforas similares, pero que aluden a más a un estado, y no a un proceso ‘destrutivo’, son ‘estar en un *túnel*’ o ‘permanecer en un *pozo*’ (en los que la asociación significativa con la oscuridad y el aislamiento es absolutamente central).

Consideremos la metáfora de la espiral (“esto es una *espiral* que va a peor”, “seguiremos cayendo en una *espiral*” GT1). Nos remite a una situación de caída libre descontrolada ‘en barrena’ —transmitiendo una sensación de vértigo—, o también a ser engullidos por un remolino que nos arrastra al fondo, pese a nuestros esfuerzos baldíos por salir a flote. Alude también, por tanto, a la vivencia de estar atrapado. La imagen da cuenta asimismo de una dialéctica negativa de deterioro, y a la existencia de ciclos destructivos que se retroalimentan negativamente. Esta imagen potencia la dimensión procesual de la crisis, y enfatiza además, la imposibilidad de un volver atrás, de retomar el control, la incapacidad de salir de la crisis. Además, nos anticipa un final dramático: bien un impacto fatal, o el ahogamiento.

La metáfora de la bola de nieve, o de la avalancha, presenta un fuerte paralelismo con la metáfora de la espiral (“O sea, es una gran bola que se va agrandando, la bola de nieve, y al final llega y te arrastra. Yo veo difícil la solución, dar soluciones” GT2). De nuevo, la imagen nos remite a una dimensión procesual negativa, y al mismo tiempo, a una situación descontrolada (tras la cual no parece existir ningún responsable, salvo las inconmensurables y ciegas fuerzas de la ‘naturaleza’), con respecto a la cual no se puede hacer nada —la escala del problema lo hace simplemente inabordable—, salvo tratar de huir inútilmente del desenlace fatal.

Las metáforas sobre la crisis concretadas en la imagen del laberinto, la espiral o el remolino —que otorgan sentido a la crisis desde una base individual—, parecerían contraponerse a algunas metáforas sobre la superación de la crisis (aparentemente grupalistas) elaboradas desde las posiciones de poder, que insisten por ejemplo en la idea de ‘estar todos en el mismo barco’, y en la necesidad de ‘remar todos juntos’. Estos dos recursos metafóricos, parecerían apuntar a una ideología ‘igualitarista’, cooperativa e integradora, al disolver aparentemente la jerarquía social, ya que, todos seríamos iguales ante la crisis. Pero, en este caso el remar todos juntos, no nos remite a lo grupal o lo comunitario, no implica hacer algo entre todos (aunque lo pareciera), sino que

sobre todo habla de un dispositivo de coordinación/sincronización mecánica de conductas, que surge del nivel de simple agregación. Implica que todos hagan lo mismo, se asocia al deber de la obediencia respecto a la autoridad —a los que marcan el ritmo—. Así pues, más que grupalidad, se reclama sumisión, esfuerzo, coordinación funcional basada en la simple obediencia mecánica. El rumbo del barco —la definición del bienestar general— no está en manos de los remeros/ciudadanos. Estas metáforas enfatizan indirectamente el respeto acrítico con respecto al orden social y a la autoridad establecida. En el extremo, la metáfora nos remite a la imagen de los condenados a galeras, esclavizados y torturados en pos de conseguir un objetivo que nada tiene que ver con ellos y su bienestar (todo lo contrario). Finalmente la metáfora tiene una dimensión claramente conservadora, que nos remite a una *salida disciplinaria a la crisis*.

Esta metáfora aparece en el discurso del sector elitista meritocrático de la clase media funcional en paro. Es el sector que recoge en su discurso de una manera más precisa los requerimientos del modelo de dominación para su reproducción, a pesar de su difícil situación personal: “Ahora es el momento de remar todos juntos [...], independientemente de lo que pienses, de cómo estés” (GT2). Es decir, en primer lugar se pretende laminar las diferencias ideológicas (que plantean modelos diferentes de superación de la crisis) en pos de una única forma —incuestionable— de salir de la crisis, y por otro lado, se refleja un cierto desprecio por la creciente desigualdad social: todos (pobres y ricos) deben hacer los mismos sacrificios (...remar). En definitiva, para salir de la crisis, aparece como imperativo abandonarse a la ideología del Estado, y olvidarse de redistribuir/graduar los esfuerzos de la crisis (es decir, olvidarse de los ‘necesitados’).

Una de las posiciones discursivas más paradójicas con respecto a la crisis la encontramos entre ciertos sectores de inmigrantes del este de Europa —rumanos— (GD4). La relativización de la crisis se produce a un doble nivel. En primer lugar, esa relativización deriva de su comparación con la economía de sus países de origen, la crisis española no implica un colapso económico, se sigue produciendo y se sigue viviendo. Ellos sí han vivido una crisis de verdad (que asocian a la caída del bloque del socialismo real). Esta posición de relativización la encontramos fundamentalmente en aquellos sectores que no han sido expulsados totalmente del mercado laboral (aunque muchas veces se encuentren reclusos en la economía sumergida), o entre aquellos que aún mantienen el acceso a alguna prestación. En estos casos, la visión de esa crisis ‘relativa’ no está tan ligada a la desaparición del trabajo como a un proceso de precarización creciente.

Pero existe una segunda línea de relativización de la crisis (de impronta meritocrática), que lleva en su versión discursiva más extrema a la *negación de la crisis*. Una fracción importante de los inmigrantes del este no atribuye a la crisis una dimensión objetiva, la crisis no se vincula a una realidad estructural, sino que, en cierta medida, surge a nivel individual, *depende de cada uno*. Es decir, el contexto puede ser más propicio o más adverso, pero sobre este telón de fondo (que condiciona pero no determina), lo realmente relevante es la capacidad y los méritos, y sobre todo, la actitud del sujeto, a la hora de arreglárselas en ese marco dado y competitivo. Así, la crisis no existe como tal —depende de la habilidad que cada uno para desenvolverse vitalmente—, existe sólo para algunos individuos, los más débiles, acomodados, incapaces. Por tanto, su posición se desliza hacia un planteamiento meritocrático puro, asociado a un individualismo de orientación muy liberal, que llega incluso a posiciones de verdadero darwinismo social (“hay personas que son muy débiles, entonces se caen...” GD4).

2.2 Las causas y los responsables: explicando la crisis

2.2.1 La universalización de la culpa: la responsabilización individual

La atribución de cuotas de responsabilidad a todos y cada uno de los sujetos sociales en la génesis y desarrollo de la crisis, es una argumentación que permea los discursos producidos en la mayoría de nuestros grupos. Estaríamos ante una evidente muestra de la potencia y éxito del discurso del “reparto social de la responsabilidad de la crisis” (Cadahia y Velasco, 2012: 9), proyectado desde las posiciones de poder político y económico; éxito que, por otro lado, justificaría y facilitaría la imposición, y asunción resignada, de los recortes generalizados.

La “ideología de la socialización de la responsabilidad” (Velasco, 2012: 216), propone en realidad una socialización de la culpa que se desliza a la baja, descentra el papel de los bancos, del capitalismo financiero y de las élites económicas (es decir, de las instituciones y del orden económico) y ‘centra’ el papel de los ciudadanos de ‘a pie’ desde una perspectiva individual. La sociedad aparece como un sumatorio de individuos, como simple agregado en el que todos los agentes tienen un papel equivalente. Resurge por lo tanto la perspectiva del mercado como una institución dependiente de la racionalidad micro: si no ha funcionado adecuadamente es porque la racionalidad ha fallado por la base. Realmente el proceso fue el inverso, fueron los ‘excesos’ en la cúspide (orientados hacia la maximización del beneficio) los que arrastraron a los consumidores de la base (que son mayoritariamente los que perdieron, y siguen perdiendo, empleos, pequeños ahorros, casas humildes, etc.). No hay otro argumento que esté tan presente

en los discursos de las clases populares empobrecidas, excepción hecha de la responsabilización de los políticos.

a) *Los excesos de la cultura consumista y las conductas consumistas irracionales*

En el ámbito del consumo se produce una clara reactualización del *mito fáustico*, que se articula en la ubicua afirmación “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades” que se repite obsesivamente en buena parte de nuestros grupos de discusión. Esta fórmula refleja el conflicto fáustico entre el afán de acumular y el de disfrutar (Lucas y Ortí, 2004), central en el modelo de consumo contemporáneo.

Según Žižek (2011: 44) la condena generalizada a la cultura de la avaricia y del consumo excesivo, esconde una potente operación ideológica. La compulsión por la expansión, que ocupa una posición estructural central en el sistema capitalista, se transforma en una cuestión de ‘pecado personal’, una propensión psicológica privada, que casa excepcionalmente bien con la fórmula ‘vivir por encima de mis posibilidades’, lo que remite no sólo a una falta de previsión y realismo, al asumir un riesgo excesivo, sino finalmente a un comportamiento inmoral, que ha conducido al desastre. Se igualan así de facto la ingeniería y las triquiñuelas financieras de los bancos de inversión, con niveles de apalancamiento y riesgo desorbitados, que jugaron a un capitalismo ‘de casino’, con el pago a plazos de un televisor por parte de un mileurista sin contrato indefinido.

Así pues, todos somos culpables. La crisis aparece como resultado de la agregación de comportamientos individuales de derroche y sobreendeudamiento (“nos ha gustado mucho gastar” E6). Encontramos una argumentación que apunta el consumo descontrolado como elemento explicativo de la situación de penuria actual y de las privaciones (“...tanta burbuja, tanto coche nuevo, cada cuatro años esto nuevo, lavadoras en la calle, todo tirado” GD2), un comportamiento de consumo desaforado, un ‘despilfarro popular’ de la gente corriente, que no se adecuaba a las propias posibilidades económicas, y que se opondría a lo que se hacía “antiguamente”, el comportamiento económico caracterizado por el consumo contenido, el ahorro, la previsión y el realismo económico. En ese modelo de consumo descontrolado habrían participado todos los actores sociales.

Pero, si revisamos nuestro material empírico, encontramos más bien, cómo la norma de consumo no se identifica con personas ‘alocadas’, sino más bien, con consumidores acostumbrados a los equilibrios, a vivir con relativamente pocos recursos: “yo he vivido siempre con pocos recursos, o sea mi salario es, siempre ha rondado entre ochocientos, novecientos euros, y bueno, pues tenía para pagar mi..., mi casa [en alquiler], tampoco para pegarme grandes

fiestas pero bueno, tampoco ha sido mi pretensión” (GT1)⁸. Comportamientos hacendosos y previsores de quien no ha vivido al límite: “me he encargado de hacer amortizaciones” (GT2); “sabes que eres obrero y te cuesta ganarlo” (GD2); “...tenía mucho ahorrado, de que siempre he sido trabajador y me ha gustado ir, pues si te pasa algo, es ir ahorrando, durante mi vida he ahorrado mucho, la verdad”, “siempre con mucha cabeza” (E6). No obstante, sí existe un segmento minoritario más consumista —especialmente presente entre los jóvenes—, que reconoce un consumo ‘al límite’ de sus posibilidades económicas, ‘subyugado’ por las tarjetas de crédito, que potencian el ‘descontrol’ en el gasto: “...cuando tuve la tarjeta, *no pasa nada, yo saco*, claro, yo sacaba en todos los bancos...” (GD6). Es este segmento de jóvenes consumistas, el que más se ha insertado en un modelo de consumo puramente hedonista, amnésico y descontrolado: “...porque tienes muchas ganas de gastar, ya como estás todo el día intentando ahorrar, ahorrar... en cuanto lo tienes te lo gastas de golpe” (GD6).

b) Los déficits y los errores estratégicos del sujeto individualmente considerado

Encontramos en ocasiones la autculpabilización asociada a déficits o errores ‘estratégicos, usualmente por no aprovechar adecuadamente ciertas oportunidades (“a lo mejor no aproveché en su momento ciertas oportunidades laborales” GT1). Son valoraciones realizadas a posteriori, en el contexto de una crisis que se prolonga indefinidamente ante sus ojos, a la luz de lo cual ciertas decisiones tomadas en el pasado son ahora concebidas como errores. Cualquier decisión, aunque fuera racionalmente sopesada, es retrospectivamente cuestionada, y pasa a ser simplemente irracional (“ahora me arrepiento de haberme... de no haberme tragado mi orgullo y haberme quedado, porque seguramente tendría trabajo a día de hoy” GT2). Hemos de señalar que las decisiones que ahora se consideran ‘fallidas’ se tomaron mayoritariamente desde una óptica racional: en función de expectativas laborales, por un sentido de integridad profesional, por mantener una carrera laboral coherente, etcétera.

2.2.2 La clase política y los partidos políticos: entre la corrupción y la incompetencia

Si tuviéramos que identificar en los discursos de los ‘nuevos pobres’ un responsable central a la hora de explicar la crisis, no cabe ninguna duda que habría que dirigir la mirada hacia

⁸ Alonso *et al.* (2011: 361-362) coinciden con nuestra apreciación al señalar que pese al discurso dominante entre las clases supraordinadas con respecto a las clases populares que les identifican con pautas de consumo descontroladas e irracionales (que se dejan arrastrar fácilmente por el consumismo y los excesos hedonistas), sus prácticas dominantes son exactamente las contrarias. Pero las clases populares más vulnerabilizadas han sido muy permeables a estos argumentos, como muestra nuestro trabajo de campo. Existe una patente autculpabilización.

el nivel de lo político. Los grandes responsables son los políticos —la clase política en su conjunto—, y por extensión, los partidos.

Nuestro material empírico da cuenta de una situación de enorme desprestigio de la actividad política en general, y concretamente de la clase política, desprestigio que tiende a contagiarse a las instituciones (y que se proyecta también sobre los sindicatos). Domina la percepción de que la actividad política no se orienta hacia el bienestar de los ciudadanos; su lógica es otra, la perpetuación de la clase política y sus privilegios. Circula una visión relativamente generalizada que identifica la subordinación y sometimiento del sistema democrático al poder de las grandes empresas (los estados son “marionetas” GT2), y de la connivencia entre las elites económicas y políticas. Se trata, a priori de un principio de gran potencialidad crítica, pero su transformación en tópico discursivo, contribuye a desactivarlo, al concretarse mayoritariamente en posiciones discursivas asociadas a la desmovilización e indolencia política, en colectivos descreídos y apáticos que están ‘de vuelta de todo’.

Entre los segmentos ‘pobres’ de clases populares encontramos un ataque generalizado y virulento a la clase política española (aunque al mismo tiempo muy personalizado, al identificar a los grandes culpables) que se articula en torno al diagnóstico de una corrupción generalizada. Quizá sólo se escapan de esta posición las mujeres pobres con cargas familiares, cuya agenda se ubica casi exclusivamente en la supervivencia cotidiana, en su rol materno y que presentan una visión del mundo escasamente política. Entre los miembros de las clases medias funcionales en situación de pobreza, el análisis es notablemente diferente, para ellos, el problema político fundamental tiene que ver esencialmente con problemas de gestión y déficits de profesionalidad (incompetencia). A diferencia de las clases populares (clase obrera y clase media baja), no identifican un problema generalizado de inmoralidad o falta de voluntad —sin que esto suponga negar la existencia de corrupción—. Así, los problemas de la clase política española tienen que ver para este segmento con déficits de capacidad y liderazgo (“falta gente capaz y competente a nivel político [...] sobre todo en la política... me parece indignante que nos dirija gente... como la que nos dirige” GT2).

Los que explotan a los ciudadanos son los políticos (“se están beneficiando a costa nuestra, sacándonos, chupándonos” GD5). Esa imagen de la explotación vampirizadora y parasitaria (identificada con el robo) no aparece en ningún caso en nuestro trabajo de campo asociado a la figura del empresario o el ‘banquero’. El empresario puede imponer condiciones de trabajo denigrantes, e incluso inhumanas, pero en ningún caso roba al trabajador. Se trata de una cuestión especialmente significativa.

En general, circula la idea de una situación de corrupción generalizada, una verdadera “cleptocracia” (Nieto, 2008: 154), concibiéndose la política como un espacio de oportunidades personales. Resulta llamativo constatar como el predominio del interés individual se liga más intensamente en los grupos y entrevistas a la actividad política que al propio funcionamiento del mercado. Se contraponen la política al interés general (al bien común). Podríamos hablar de una posición discursiva transversal, que apunta la corruptela de los políticos que gobiernan buscando el beneficio personal (“lo que estamos haciendo es votar por corruptos una y otra vez” GD2) identificando un robo generalizado al pueblo.

Para el segmento de nuevos pobres movilizados, parecería que la crisis es correlato más de las deficiencias del modelo democrático (y especialmente electoral), que de la crisis institucional o de un clima de corrupción generalizada (más bien, estos son subproductos de las deficiencias democráticas). Para ellos existe una distorsión de la voluntad general, eso impide el cambio político y el control democrático. No obstante, encontramos una patente debilidad en los argumentos. Al centrarse casi exclusivamente en el análisis de la representatividad del voto (reflexionando sobre la abstención, etc.), ‘olvidan’ —en parte— hacer un diagnóstico más completo de la situación política y del sistema democrático que trascienda ‘lo electoral’.

2.2.3 Las disfunciones de la economía capitalista

Solo en el sector más movilizado de los nuevos pobres (que coincide mayoritariamente con la fracción crítica progresiva), se resalta la dimensión ideológica de la organización y sistema económico, y llevan la responsabilidad económica a primer plano. La centralidad de la crítica se dirige hacia el sistema capitalista, a diferencia del grueso del colectivo de nuevos pobres que focaliza su atención y crítica (de manera obsesiva) sobre los políticos —nacionales—. La fracción crítica progresiva, constata desde la decepción, que se está imponiendo la visión conservadora en la gestión política de la crisis, garantizando los intereses del gran capital, y que las expectativas de cambio institucional profundo (en la esfera de la economía y de la política) que se habían levantado al comienzo de la crisis se desmoronan: “al principio de la crisis se hablaba mucho de un cambio de sistema, y al... al final no se está hablando nada” (GT2). Para ellos, el debate sobre las causas de la crisis se ha diluido, dando paso al monólogo de los mercados (y de la política sometida a los dictados de esos mercados), y a estrategias de acallamiento y represión (y ahí, las referencias a la represión policial del 25-S, como punto de inflexión, son reiteradas).

Desde las posiciones liberales más ortodoxas, que se concretan en el sector de orientación más meritocrática de las clases medias funcionales en paro, también se dirige la mirada hacia el

mercado, pero no para cuestionarlo, sino para indicar que ha abandonado su ‘naturaleza’: si no funciona como debiera es porque padece una cierta enfermedad (“el mercado se ha trastornado” GT2). Se hace referencia a una especie de estado de enajenación *transitorio* (suponiendo una patente personalización del mercado), el mercado está fuera de sí, alterado, estamos ante una lógica distorsionada. El problema no está en el mercado como tal, en su *esencia* (es decir en la institución), sino en su *estado*.

2.2.4 El ‘chivo expiatorio’: los inmigrantes y el acaparamiento de recursos limitados

En los discursos de las clases populares empobrecidas, aparece una constante: los inmigrantes son responsables directos de la situación de crisis actual. No deberíamos sorprendernos, ya que como recuerda Morin, en una situación de crisis, “la búsqueda de responsabilidades se divide [...] en dos ramales antagónicos, uno que trata de reconocer la naturaleza misma del mal, el otro que persigue al chivo expiatorio al que inmolar, y naturalmente, se multiplican los culpables imaginarios, lo más frecuente entre marginados o minorías” (Morin, 1995: 168).

En estos discursos —que derivan a posiciones xenófobas, e incluso en ciertas ocasiones racistas: “España es un nido de ratas, España es un nido de ratas ¿vale?” (GD2)— a los inmigrantes se les desposee de su *capacidad productiva* (lo que aportan y aportaron en términos de riqueza a la economía española) para insistir en la dimensión de *apropiación de los recursos* escasos (ya sean puestos de trabajo, prestaciones, ayudas, etc.), recursos que, en justicia, deberían corresponder únicamente a los españoles. Pero, la argumentación sobre la apropiación, no suele partir de la consideración de la contracción por el lado de la oferta en el contexto de la crisis, y de su gestión política (destrucción de empleo, recortes en las políticas sociales), lo que implicaría una reducción previa de los recursos a repartir, sino que se tienden a considerar los recursos existentes como una constante en el tiempo, y desde ahí, se procede a culpabilizar a los inmigrantes de la propia carestía de recursos en términos de simple desplazamiento: algo así como ‘nos están quitando lo que es legítimamente nuestro’. Simbólicamente aparecen imágenes de invasión e incluso de aniquilación (“los extranjeros nos tienen... comidos y ya está, nos tienen absorbidos los extranjeros” GD2), que se relacionan a nivel macro con la pérdida de la ‘esencia nacional’.

Que se trate de un discurso hegemónico no significa que no haya sectores minoritarios (incluso en el seno de la clase obrera) que articulen una posición comprensiva con respecto a los inmigrantes, que entiendan sus motivaciones, y sus problemas. Encontramos algunas posiciones

valorativas: “Yo creo que los inmigrantes son personas muy válidas” (GT2). Para otros colectivos, el tema de la inmigración no es un tema relevante a la hora de configurar su vivencia de la crisis (por ejemplo, entre las mujeres de familias monoparentales, y entre las clases medias funcionales empobrecidas), lo cual no implica que desarrollen siempre discursos de tolerancia plena o de indiferencia.

3 Estrategias y propuestas para salir y/o amortiguar el impacto de la crisis

En este apartado consideraremos estrategias que aunque frecuentemente se integran en las prácticas cotidianas, en otras ocasiones solo circulan discursivamente como lugares comunes, incluso como verdaderas fantasías y mitos. En principio son estrategias ‘distintivas’, pero no tienen por qué ser excluyentes entre sí, ni a nivel discursivo ni práctico.

3.1. Las estrategias Individuales

Las estrategias individuales que pretendemos explorar, se ubican en las antípodas de las propuestas ‘políticas’ de superación de la crisis. Nos hallamos ante tácticas de adaptación funcional y de supervivencia en un contexto adverso. En ocasiones se trata de estrategias encaminadas simplemente a gestionar la angustia y la desesperación asociada a la cotidianidad, y ahí se abre el espacio para la huida. Incluso entre el sector más crítico, la minoría progresiva movilizadora, cuando se trasciende el análisis concreto de la situación de crisis, el horizonte de las soluciones tiende a circunscribirse casi exclusivamente a lo individual. En ese instante, se abandona la referencia a la movilización colectiva, la grupalidad y la transformación social, para pasar a perfilar —tomando la formulación de Beck— soluciones biográficas a contradicciones sistémicas.

Las estrategias individuales basculan como puntos extremos entre ‘la lucha’ y ‘el enclaustramiento apático’, en configuraciones muy diferentes. El rol luchador no se configura como una estrategia política, se trata de una lucha solitaria por la supervivencia cotidiana (en el día a día), arquetípicamente concretada en la figura de las ‘madres coraje’, responsables de familias monoparentales pobres cuya cotidianidad se corresponde con un imperativo ineludible: sacar adelante a los hijos.

Las salidas individuales ‘competitivas’ (meritocráticas) suponen el bloque fundamental de las estrategias, lo cual es lógico en un contexto de galopante individualización social. Bauman, señala el avance de la tendencia: “librados cada vez más a sus propios recursos y a su propia

sagacidad, los individuos se ven obligados a idear soluciones individuales a problemas generados socialmente, y se espera que lo hagan como individuos, mediante sus habilidades individuales y sus bienes de posesión individual. Tal expectativa los enfrenta en mutua competencia y crea la percepción de que la solidaridad comunitaria es en general irrelevante, si no contraproducente” (Bauman, 2011: 28). Sigue apuntando Bauman (*ibíd.*) que “esta «individualización por decreto» vuelve inexorable la diferenciación y polarización entre las oportunidades individuales; más aún hace de la *polarización* de perspectivas y oportunidades un proceso que se impulsa y se acelera a sí mismo”. En sentido estricto (y mucho más en el caso de los sujetos integrados en la categoría de nueva pobreza) nunca serán ‘soluciones’, sino estrategias de supervivencia, en marcos hostiles de privación y ausencia total de posibilidades.

3.1.1. El planteamiento meritocrático individual

En un primer momento la dureza y profundidad de la crisis, pone en evidencia y deslegitima el pretendido modelo meritocrático y sus adherencias ideológicas (la ficticia igualdad de oportunidades entre otras), las clases populares empobrecidas constatan la farsa de un modelo que pretendidamente valora y recompensa en función de la capacidad, el mérito y el esfuerzo. Pero, sin embargo, los planteamientos meritocráticos no desaparecen, en gran medida se reciclan, se adopta una orientación cínica, descreída, pero persisten salvo para ciertos colectivos, que simplemente tienden a arrojar la toalla (son los acabados), o buscan refugio en entornos grupales alternativos. Así, entre los nuevos pobres las estrategias meritocráticas para enfrentar la crisis no son, ni mucho menos, una excepción. Aunque sí es cierto que aparecen en distintas configuraciones discursivas.

a) La meritocracia estratégica y esforzada de los inmigrantes: querer es poder

Entre los inmigrantes encontramos un sector meritocrático, integrado especialmente por aquellos que lograron —aunque hayan atravesado posteriormente por un proceso de pérdida— una inserción laboral acorde a su nivel formativo de origen, para los que, para conseguir el éxito laboral, es especialmente importante la actitud personal, el labrarse con esfuerzo una trayectoria laboral coherente. En este contexto a ellos/as no les valen las coartadas de sus compatriotas que se justifican en las actitudes xenófobas de la población española y la discriminación institucional. La xenofobia, justifica este segmento (relativamente minoritario), es en gran medida la respuesta a la actitud del inmigrante (renuente a mostrar voluntad de integración). Si te esfuerzas, si haces bien las cosas, si reúnes credenciales, lograrás la integración laboral y el respeto de la población

autóctona; ese es su mensaje. Es necesario partir de un planteamiento realista, tomar conciencia de dónde estoy, y de quién soy yo: un extraño, un sujeto ajeno, que ha de luchar por hacerse un lugar. Así, la responsabilidad fundamental en el proceso de integración social recae sobre el inmigrante, a la hora de insertarse laboralmente (en un puesto de su categoría profesional), o de conseguir superar la crisis. En estos casos, los éxitos profesionales, que se han esfumado en el contexto de la crisis, se reactualizan ilusoriamente en el presente: “al final he llegado donde he querido, en un país extranjero, a mí no me han hablado nunca mal, no me han tratado nunca mal” (GD4).

b) *Los jóvenes y la expectativa promocional a través de la formación reglada*

Entre los jóvenes de las clases populares, con bajos niveles de estudios, se hace especial hincapié en la formación como vía —idealizada— para enfrentar la crisis. No obstante, toma más bien la forma de un deseo, ya que una parte importante de los jóvenes de clases populares no dispone ni de las capacidades ni los recursos necesarios, para enfrentar un proceso intenso y prolongado de formación. Entre los jóvenes de clase obrera encontramos una posición ambigua. Ven la salida en la formación, pero creen que el espacio de formación debería ser la esfera del trabajo. Frecuentemente piensan que los jóvenes más formados, están aceptando trabajos de menor nivel y bloquean sus salidas laborales.

Si bien sólo llegaron a ser miembros *in pectore* de las clases medias funcionales, es interesante que consideremos el caso de los universitarios ubicados ahora al final de su juventud (en general de origen humilde), a los que se les ‘prometió’ socialmente que las credenciales educativas les garantizaban el acceso a un status socioeconómico medio/alto, y una profesión prestigiosa (es paradigmático el caso de los ingenieros superiores), pero a los que la crisis bloqueó el acceso al mercado laboral. Se identifica con posiciones del eterno becario que sufre humillaciones y es explotado, expresando una máxima disonancia entre el desempeño de labores hipercualificadas y condiciones laborales vergonzosas: “te tratan como si fueras mierda” (E8). Este colectivo se encuentra en un verdadero estado de shock: la capacidad y el esfuerzo no han servido para nada, pero ya no es posible cambiar de estrategia. Insisten obsesivamente en la vía meritocrática, pero, al mismo tiempo, son los que elaboran una crítica más demoledora acerca de la degradación y corrupción del modelo meritocrático. Pero, al mismo tiempo, no son capaces de articular estrategias alternativas, y finalmente perseveran en la salida meritocrática, concentrada en “intentar añadir más líneas a mi currículum” (E8). La posición de estos sujetos se ilustra muy bien en la siguiente identificación: “yo soy una hormiguita” (E8), esto es, un trabajador incansable,

concienzudo, pero al mismo tiempo —y sobre todo—, un sujeto condenado a la más absoluta insignificancia en el contexto del hormiguero, y en ese sentido, prescindible.

c) *El elitismo meritocrático en las clases medias funcionales empobrecidas*

En las posiciones más extremas, encontramos manifestaciones de un elitismo meritocrático de orientación tecnocrática⁹, que como cabría esperar, se corresponde —en términos generales— con la fracción de las clases medias funcionales que ha gozado de un estatus socioeconómico más elevado (aunque ahora en situación empobrecida). Lo realmente interesante de su argumentación es que choca frontalmente con las condiciones sociales y materiales que se atraviesan (desempleo, privación...) y que exige de un notable esfuerzo de racionalización. Es un discurso repleto de eufemismos y de teatralizaciones idealizantes con respecto a sus condiciones vitales.

Este segmento elitista —a pesar de su salida del mercado de trabajo— mantiene unas expectativas elevadas, que discursivamente se convierten casi en certezas. Tiende a relativizar la situación de crisis. El sujeto tiene control de su vida, encontrará lo que busca y lo que se merece. Desde ese punto de vista, el elemento central es la ‘voluntad’ del sujeto, que se impone sobre las difíciles condiciones del entorno (“estoy viendo también sobre todo a qué me quiero dedicar” GT2). El sujeto conseguirá aquello que se propone, no hay lugar —a nivel discursivo— para la adaptación con respecto a la realidad del mercado laboral (sin embargo, a nivel estratégico sí que abordan procesos de reorientación y reconversión profesional, a través de la formación).

El discurso de esta fracción está atravesado por una continua y potentísima racionalización, se está ocultando sistemáticamente la humillación asociada al despido, la frustración de carecer de un puesto de trabajo, y sobre todo, la imposibilidad de encontrarlo (especialmente duro cuando las expectativas son tan elevadas). Su situación vital no es tan relajada como pudiera parecer, también está asociada a privaciones. El malestar se reprime y se controla en la situación grupal. Ellos también se están viendo obligados a acceder al espacio desregulado de la economía sumergida para salir del paso (por ejemplo, impartiendo clases particulares).

⁹ Para una caracterización de su base teórica, que arranca de la obra de Weber y Schumpeter, puede consultarse el análisis que hace Held (2001: 181 y ss.), en su capítulo ‘*El elitismo competitivo y la visión tecnocrática*’, en el que pone de manifiesto cómo desde esta posición se maneja un concepto muy restrictivo de la democracia (*ibid.*: 182).

Como salida, se reclama una meritocracia que ponga fin a las aspiraciones desmedidas de igualdad, cada cual debe ocupar el lugar que le corresponde. No todos podemos ocupar posiciones de elite: “todos queremos ser seleccionadores, todos queremos ser ministros, todos queremos ser consejeros, todos queremos ser asesores, entonces claro, cada uno tiene sus verdaderas limitaciones” (GT2). En ese sentido, la crisis estaría realizando una labor de valor incalculable, tras una década de espejismos, de dinero fácil, de éxitos inmerecidos, está poniendo a cada cual en su lugar, posibilitando el regreso de una ‘aristocracia natural’. En ese contexto esperan recuperar la posición entre la elite que les corresponde. Surgirá un nuevo equilibrio, basado en un aumento de la desigualdad social.

3.1.2. La búsqueda activa de recursos

A continuación revisaremos las estrategias más básicas y generalizadas en la gestión cotidiana de la privación, que asociamos a la búsqueda activa de recursos.

a) El apoyo familiar

El apoyo familiar es, sin lugar a dudas, la fuente de ayuda más importante para el sector de ‘nuevos pobres’. Salvo una minoría con familias que también se ubican en una situación de pobreza y privación severa —y también excepcionalmente en aquellas familias atravesadas por conflictos graves— los ‘nuevos pobres’ logran sobrevivir fundamentalmente gracias a los familiares, y especialmente gracias a la ayuda y cobertura facilitada por los padres/madres (“Yo ahora mismo si no estuvieran mis padres, yo estaría en la calle” GD5). La ayuda familiar no solo es crítica en situaciones de desempleo y/o ausencia de prestaciones, sino que es un complemento esencial para los trabajadores pobres.

Las ayudas familiares son muy efectivas a la hora de normalizar la vida cotidiana porque no sólo implican ayuda material, sino también ‘servicios’ y apoyo emocional. Es imposible que la ayuda institucionalizada pueda resultar tan versátil, adaptable y cercana. Las ayudas institucionales, por definición, son fragmentarias y mal integradas. Además, el apoyo afectivo que proporciona la familia (...y también en algunos casos los amigos, especialmente entre las mujeres y los jóvenes), tiene un evidente efecto terapéutico. La ayuda familiar conforma una situación de ‘normalidad subvencionada’, que a la postre termina siendo ficticia aunque se logren mantener ciertos estándares de bienestar. La fortaleza de la familia, y los apoyos todavía contruidos sobre la noción del deber, están teniendo un efecto cohesionador nada despreciable en el contexto de la crisis.

Aunque en general las ayudas familiares son bien ‘aceptadas’ y se proyecta sobre ellas un fuerte reconocimiento, la vivencia de la ayuda es ambivalente —entre la fortuna y la carga—, en tanto en cuanto, depender de la familia supone un paso atrás en la autonomía, en ocasiones implica una infantilización del sujeto (especialmente entre los jóvenes), y sobre todo, porque se asocia a una situación de fracaso personal. Esa ambivalencia anticipa la posibilidad de una deriva conflictiva.

b) *La movilización del capital social disponible. La ambivalencia con respecto a las redes amicales*

Una constante en nuestro material empírico es la centralidad que se atribuye al *capital social*¹⁰ disponible —verdadero factor crítico—, a la hora de acceder a oportunidades laborales. La consideración del capital social es ambivalente, ya que prioritariamente se denuncia la centralidad del ‘enchufe’ como vía preferente de inserción en el mercado laboral español, y al mismo tiempo, se toma conciencia de que los métodos ‘impersonales’ de búsqueda son prácticamente inútiles —especialmente entre las clases populares— en un contexto de grave crisis económica. En casi la totalidad de grupos y entrevistas, se constata que las oportunidades laborales (restringidas en la mayoría de los casos a la economía sumergida) surgen —directa o indirectamente— a partir de amigos, conocidos, esto es, a partir del capital social disponible.

En general, el apoyo de amigos posee un carácter más puntual que el de la familia, y tiene que ver más con lo emocional. Cuando las expectativas de apoyo material son elevadas, existe un riesgo elevado de que aparezca la frustración que no encontramos usualmente en el marco del apoyo familiar, mucho más intenso y estable) y hasta el conflicto. Por decirlo de otra manera, la familia no suele ‘fallar’, mientras que en el caso de los amigos es más frecuente que el apoyo ‘efectivo’ quede por debajo de las expectativas existentes. Entre amigos se tiende a imponer un esquema de ayuda en el que la compensación —que concreta la relación don-contradón— debe ser más inmediata (“...económicamente, hay veces que sí he tenido que tirar de los amigos, después se devuelve corriendo” GD5) y equilibrada que en el caso familiar.

c) *Servicios sociales y organizaciones caritativas*

En términos generales, encontramos en el colectivo de nuevos pobres un desconocimiento asombroso con respecto a los servicios sociales y los recursos a los que se puede acceder a través de ellos (especialmente entre los varones de clase obrera, pero también

¹⁰ Utilizamos aquí la acepción de capital social popularizada por Bourdieu en términos del conseguido a través de la red de relaciones que establece el sujeto en el campo social.

entre las clases medias empobrecidas). El sector que parece recurrir de manera más sistemática a los servicios sociales son las madres pobres de familias monoparentales, y también los inmigrantes que padecen niveles más elevados de privación material. En cuanto al colectivo que menos accede a los servicios sociales parece ser el integrado por varones de clase obrera, incluso aquellos en situación de pobreza extrema, en parte por puro desconocimiento, pero también por el efecto estigmatizador atribuido. En el caso de la clase media vulnerabilizada, las referencias discursivas a los servicios sociales sólo las encontramos en los casos de privación severa. Para las clases medias y los varones de clase obrera, los derechos sociales parecen alcanzar exclusivamente hasta donde llegan las prestaciones por desempleo y los subsidios, más allá, no hay Estado, y aparece el ‘búscarse la vida’ (“Si te han, si se te han acabado tus derechos, si has cobrado tu paro y [...] Búscate la vida vamos ¿no?” GT2).

La lucha contra la pobreza se vincula simbólicamente de manera exclusiva con las ONG, el Estado no aparece ligado a ese espacio en los discursos. Para todo el segmento de nuevos pobres, la última red de protección, la que garantiza que la gente no se ‘muera de hambre’, se vincula exclusivamente con las entidades del tercer sector, y entre éstas se habla fundamentalmente de Cáritas (y en segundo lugar de la Cruz Roja). Es decir, se naturaliza la ausencia del Estado en estos espacios de ‘emergencia social’. La consecuencia directa es la deslegitimación del Estado como proveedor de medios de subsistencia, en favor de las entidades caritativas, cuya labor solo recoge reconocimiento por parte de los sectores empobrecidos. Así pues, en el contexto de la crisis, las entidades caritativas adquieren una mayor visibilidad como instancias concretas de ayuda real (que se oponen simbólicamente a un Estado mal gestionado y atezado por la corrupción), mejorando sensiblemente su imagen social.

Entre las mujeres pobres encontramos una posición fuertemente ambivalente respecto a los servicios sociales, que bascula, según el caso, entre el reconocimiento y la crítica furiosa. Las percepciones críticas (“los asuntos sociales y todo eso es un engaño” GD5), suelen enfatizar la *dimensión de control* de los servicios sociales que desplazaría completamente la dimensión ayuda. Se señala así la función represiva de los servicios sociales (retirada de tutela de menores, control humillante de la propia vida, etc.).

El colectivo de inmigrantes muestra una menor resistencia a la hora de solicitar los recursos y ayudas vinculados a servicios sociales. No se ven tan afectados por el efecto estigmatizador o vergonzante que la población autóctona asocia al acceso a este tipo de ayuda. Así, la experiencia relacionada con los servicios sociales se relata de manera fluida en el contexto de los grupos y entrevistas. Al no ligarse la obtención de la ayuda a la existencia previa de un

derecho, normalmente no aparece una apreciación crítica de los servicios sociales, los inmigrantes simplemente tratan de maximizar los recursos disponibles.

d) *La economía sumergida: Las chapuzas*

Ante un mercado de trabajo ‘regular’ en caída libre, colapsado por los millones de demandantes de empleo (especialmente con respecto a los trabajos no cualificados, que son a los que aspiran buena parte de los ‘nuevos pobres’), y acuciados por un nivel de privación creciente, la presión hacia la economía sumergida es fortísima (aunque eso no signifique que sea ni mucho menos fácil encontrar acomodo en ese nicho laboral).

La economía sumergida pasa a configurarse, en el contexto de la crisis, en un mecanismo fundamental para acceder a unos ingresos irregulares —salvo excepciones—, o para complementar unos exiguos subsidios que no permiten alcanzar el simple nivel de subsistencia. En la práctica totalidad de las experiencias relatadas en grupos de discusión y entrevistas, los trabajadores se remiten a trabajos esporádicos, de aparición azarosa (como las ‘chapuzas’, que realizan algunos de los obreros de la construcción en paro). No obstante, la crisis también afecta a la economía sumergida española. Ésta, que antes funcionaba como un gran colchón económico, que complementaba frecuentemente los ingresos regulares del trabajo, sufre una contracción muy importante (severísima en el caso de la construcción). Esto hace muy difícil encontrar incluso pequeñas chapuzas, a la gente le es más difícil ‘buscarse la vida’.

Por otro lado, no hemos de olvidar que la generalización de puestos de trabajo ‘con contrato’ que condenan a sufrir situaciones de pobreza (discontinuos, a tiempo parcial, con remuneraciones en torno al salario mínimo interprofesional, o muy inferiores en el caso de trabajos a tiempo parcial), hace que el trabajador pobre deba apañárselas a través de complementos laborales que permitan la supervivencia. Así encontramos dramáticas situaciones de *pluriempleados pobres*. El deterioro de las condiciones en el mercado de trabajo ‘regular’ se proyecta —agudizándose— sobre las condiciones de trabajo en la economía sumergida; se trata de esferas estrechamente interconectadas entre sí, que en muchas ocasiones comparten espacios y sujetos, que se funden en diversas configuraciones.

3.1.3. La optimización de los recursos disponibles y la adaptabilidad descendente en los patrones de consumo

La ‘optimización’ de los recursos no aparece como una opción libre, sino que surge como una imposición en un marco de deterioro de la capacidad adquisitiva, que se traslada y concreta en una situación de privación. Este contexto de privación implica una deriva hacia un consumo

dominado por la necesidad y la premisa racional (donde los factores críticos son el valor de uso, y éste siempre supeditado al precio). Las estrategias de optimización son muy diversas, dependiendo del colectivo, de su situación vital y económica (de su nivel de privación). Es curioso observar cómo las estrategias de optimización son más variadas y efectivas entre los individuos —de orientación ideológica progresiva— que han ocupado posiciones de clase media funcional¹¹.

En este contexto es en el que surgen referencias a los efectos positivos de la crisis. La escasez hace ‘agudizar el ingenio’, ‘sacar de donde no hay’, en definitiva, promueve y presiona hacia la maximización y optimización de los recursos disponibles. Cuando se habla de los subsidios y ayudas de en torno a los cuatrocientos euros se dice: “con eso haces maravillas” (E4). Nos encontramos con grandes ‘equilibristas’ económicos que están continuamente en el alambre. La crisis provoca una completa ‘recalibración’ del valor del dinero (“valoras mucho más la pasta” GD1), lo cual se vincula necesariamente a una estrategia de contención respecto a las prácticas de consumo.

La optimización de recursos se vincula claramente a una pérdida en el nivel de bienestar, un retroceso que les retrotrae a modelos de consumo prototípicos de otros momentos históricos, que les empuja a vivir como en los duros tiempos de la postguerra española, como señalan los obreros: “...comiendo judías, garbanzos, lo que... lo que se hacía en los tiempos de nuestros padres” (GD2). Se percibe como una degradación de tal calado en el bienestar material que se plantea entre los varones pobres de clase obrera como una vida que se desliza peligrosamente hacia el sinsentido (una vida sin vida). La privación enclaustra en el hogar y hace imposible realizar elecciones vitales básicas: “vivimos en... en... lo que es... eh... la esclavitud pero en libertad” (GD2).

En todo el colectivo de nuevos pobres encontramos procesos de ‘adaptación descendente’ de los consumos, pero sólo un segmento hace de la justificación de esta estrategia necesaria el elemento central de su discurso sobre la crisis. Esta posición discursiva es muy característica de los sectores de nuevos pobres que no padecen una situación de pobreza extrema, y que en ese sentido, todavía son capaces de ‘bandearse’. Es especialmente definitorio de una fracción de la clase media baja empobrecida. Además, encontramos una fuerte marca femenina.

¹¹ Participan más en iniciativas de consumo colaborativo, están más abiertos a ensayar nuevas fórmulas (por ejemplo, compartir gastos de viajes a través de páginas web ‘especializadas’). También es más frecuente que utilicen la ‘bici’ para sus desplazamientos urbanos (curiosamente la clase obrera empobrecida no es capaz de plantearse esa solución de movilidad, aun cuando se trate de una alternativa muy viable y accesible por su bajo coste), o se planteen alquilar una habitación para facilitar el pago de la hipoteca, etc.

Dominado por la capacidad —entendida sobre todo como *virtud*— de adaptarse y conformarse (“me he adaptado a lo que he tenido”, “me he conformado” GD3), estamos ante un discurso resignado, que no cuestiona el ‘orden social dado’ (“te tienes que adaptar a lo que hay” E1), y que se vincula al mismo tiempo a un estado de aparente normalidad (inserto en una lógica de ocultación de la privación, en un difícil ‘juego’ por mantener las apariencias). Es una posición que se presenta como equilibrada y realista, y que se enuncia esquivando la desesperación y la angustia, aunque en ocasiones tras la fachada de fortaleza se desliza la pesadumbre y el desasosiego asociados a la posibilidad de sufrir más privaciones; la resignación ascética no disuelve la incertidumbre: “lo que agobia es la intranquilidad... la intranquilidad económica que hay, la inseguridad que tengo” (GD3).

El discurso de la resignación ascética, se caracteriza por la “contención y responsabilidad” (Alonso *et al.*, 2011: 258), y se articula como un “discurso moral contra el derroche y contra los excesos” (*ibid.*: 263). Es un discurso de matiz conservador: en el fondo, se articula en torno al deber de ocupar y adaptarse a la posición social que a cada cual le corresponde, y eso, tiene un claro correlato en los modelos de consumo y los estilos de vida. La crisis pondría en claro y afectaría fundamentalmente a quienes han tenido la osadía de tratar de abandonar su posición social —transgrediendo el orden ‘natural’—. De ahí el ataque visceral y colérico, y la condena moral, que se dirige a los consumos emulativos.

3.1.4. Las estrategias extremas de supervivencia multimovilizada: los espacios del ‘trapicheo’

Con la referencia al trapicheo, no sólo nos referimos a los espacios menos formalizados de la economía sumergida (buena parte de los nuevos pobres depende, en menor o mayor medida, del trabajo realizado en contextos no regulares/legales). Se trata de un espacio que va más allá de la chapuza, del trabajo informal, accediendo a espacios ‘marginales’ con fuerte potencial estigmatizador, que implican frecuentemente buscar recursos al margen de la esfera del trabajo. De hecho podríamos señalar que el trapicheo¹² tiene que ver más con tareas de supervivencia que con el trabajo en sentido estricto (lo cual no significa que no se asocie a la realización de labores exigentes físicamente y con una dedicación temporal prolongada), son estrategias extremas de supervivencia multimovilizada. Se concreta en actividades que acentúan el

¹² En el diccionario de la RAE, las acepciones de trapichear son: 1) comerciar al menudeo, 2) Ingeniarse, buscar trazas, no siempre lícitas para el logro de algún objeto. Ambas acepciones son plenamente aplicables a las actividades a las que queremos referirnos en este epígrafe.

‘vivir al día’, son labores típicas en posiciones marginales tradicionales: recogida de chatarra, cartón, palés de madera, plástico, comida. En ocasiones incluso se deslizan hacia actividades potencialmente delictivas —mayoritariamente hurtos—. La prolongación de la crisis y su dureza hace que la presión sobre estos recursos ‘de la calle’ haya aumentado muy sensiblemente, produciéndose también aquí una creciente competencia entre pobres.

3.1.5. Las huidas y los imaginarios escapistas

Ahora consideraremos el rico universo de las estrategias insertas en una lógica de la huida, que en ocasiones se configuran como posibilidades reales, pero que frecuentemente aparecen más bien como imaginarios escapistas.

a) *La fantasía eco autárquica*

Aparece con variantes en la práctica totalidad de nuestros grupos y entrevistas. Es una imagen tremendamente potente (pero que se configura casi siempre más como una *referencia ‘mítica’* que como una posibilidad concreta de supervivencia), que se fortalece al constituirse como opuesto simbólico del mundo urbano, que es el que se desmorona con la crisis, y en el que no encuentran espacio (...trabajo, medios de subsistencia). Se trata más de una huida —retórica— al ‘campo’ (al entorno natural virgen donde desarrollar modelos de vida autárquicos, donde poder —recurriendo al tópico bíblico— ganarse el pan directamente con el sudor de su frente), que un retorno a la comunidad perdida. No se busca un refugio comunitario, el referente es la producción autosuficiente de recursos, y la potenciación de la autonomía desde una perspectiva económica. No obstante, también está implícita la idea del retorno a los orígenes, a lo natural, a lo puro.

b) *La huida ‘interior’*

La huida interior toma dos formas, la primera la identificamos con las estrategias de carácter ‘autista’ que se concretan en el enclaustramiento doméstico, y la segunda toma la forma de una evasión de carácter más activo, que busca implementar a través de la propia actividad una estrategia amnésica, que permita escapar de la consideración del duro contexto vital.

b.1.) *Las estrategias ‘autistas’. El enclaustramiento doméstico*

Es una estrategia vital que se corresponde con la posición de ‘acabamiento’ que se concreta especialmente entre los varones de clase obrera (de edades intermedias) con trayectorias

de paro de largo recorrido. En realidad es una ‘antiestrategia’ que tiene que ver más con la denegación de la realidad que con el desarrollo de un plan de acción.

Nos encontramos ante una estrategia de huida enormemente destructiva. El ‘acabamiento’ se concreta en el momento en el que el sujeto toma conciencia de que los esfuerzos para reintegrarse en el mercado de trabajo son absolutamente inútiles, y no vislumbra alternativa alguna. Sienten que han agotado todos los medios a su alcance, y llegan al convencimiento de que, hagan lo que hagan, resultará imposible encontrar trabajo. Se ven en la posición de Sísifo, condenado por Hades a empujar montaña arriba una enorme piedra que siempre se le escapa de las manos al llegar cerca de la cima. Como en el caso de Sísifo, para los obreros, buscar trabajo se transforma en una tarea titánica, perpetua y sin objetivo. Es la ejemplificación máxima de la futilidad del esfuerzo (“...y ya, hagas lo que hagas, te va a dar igual, vas a volver siempre al mismo punto ¿Cuál es el punto? Estás parado. Y te puedes mover por donde tú quie...” GD2).

La imagen extrema de este acabamiento y enclaustramiento doméstico, la encontramos en la imagen del ‘encamado’ que aparece reiteradamente en nuestro grupo de obreros pobres, y que se asocia a la desestructuración de los horarios y de la propia cotidianidad (“...no me levanto por la mañana, me levanto al mediodía. Porque no me quiero levantar por la mañana, porque si no, me cae el mundo encima, porque me sobran horas por todos los cuatro costados” GD2). La huida les lleva al repliegue absoluto, a esconderse de la mirada de los demás.

Entre los obreros observamos pues un *repliegue anómico* (han perdido la base reguladora fundamental de sus vidas: el trabajo). Estos varones se definen como sujetos activos (incluso ‘hiperactivos’), y por ello les abrumba la inacción y parálisis a la que les condena la pérdida del trabajo, pero, paradójicamente la fracción dominante desarrolla estrategias que acentúan la inactividad. Desplazados del trabajo, la cotidianidad resulta insoportable, tratan de ‘matar el tiempo’ (“matar el tiempo en tu casa inconscientemente todo lo que puedas...” GD2), no de activarlo a través de actividades de ocio que generen bienestar y posibiliten la realización personal. El ocio social que antes practicaban está ligado al consumo, y se encuentra ahora fuera de su alcance.

b.2.) La evasión activa: No pensar, no sentir dolor

Otra estrategia de huida interior (aunque en una variante no destructiva), se orienta a gestionar el presente, a luchar en la cotidianidad (“vive día a día y no pienses ni en el futuro ni en el presente” GD5), ‘simplemente’ para lograr satisfacer las necesidades básicas, sin realizar un planteamiento reflexivo sobre qué se está haciendo con la vida (“porque te hundes” GD5), sobre

cuál es el futuro que les aguarda, sin hacer una valoración global de sus condiciones de existencia (bloqueando de esta manera, en la medida de lo posible, la sensación de fracaso), sin dar sentido ni siquiera al momento presente (más allá del impulso dirigido a la supervivencia). Se trata de una estrategia dirigida ‘simplemente’ a soslayar la desesperación, a evitar el desplome vital, a minimizar el dolor y la angustia. Esta estrategia no se dirige a la inacción como en el caso anterior —todo lo contrario—, puede estar asociada a una actividad frenética orientada a la supervivencia. “Ya no pienso nada [...] Sino solamente que haya alimentos en casa y, y el resto que vaya sólo. Porque te pones a pensar [...] no lo puedes cambiar, no lo puedes cambiar” (E2). Es una posición muy típica entre las mujeres en familias monoparentales, y algunos segmentos de inmigrantes, en ambos perfiles en situación de privación severa. En estos casos, el sentido vital depende y reside en los hijos.

c) *La emigración: la huida exterior*

En general la propensión a buscar en la emigración la salida a la crisis aumenta cuanto menor es la edad y mayor es el nivel de estudios. Son los titulados universitarios jóvenes los que más seriamente se plantean la salida al extranjero. En gran medida se mira al norte de Europa como posible destino.

La salida al extranjero, aparece como opción mayoritariamente retórica para el conjunto de las clases populares empobrecidas, por ello, discursivamente se plantean disculpas a la hora de concretarla. La edad y las cargas familiares son esgrimidas como los factores que más dificultan dar el salto hacia otros países en busca de trabajo. Así, entre ciertos sectores de los adultos se afirma: “si realmente eres aventurero lo haces a los veinte algo, pero no a los cuarenta y algo, porque yo creo que más o menos, todas las cosas tienen su momento...” (GT2). También se hace referencia a los hijos como coartada “si yo no tuviese niños, yo me iba del país fuera [...] nosotros lo hemos pensado” (E1). Entre los jóvenes la dinámica es similar, aunque los argumentos que articulan como justificación a un deseo (emigrar) que no pueden satisfacer, están más vinculados a lo económico: se irían pero bajo ciertas circunstancias mínimamente favorables: “yo si me voy, lo que tú dices, con un contrato, es decir, que tengo un trabajo y seguro”, “yo si me voy de aquí, hombre, yo quiero llevarme algo, es decir, pa que no me pille”, “a mí también me gustaría ver *Madriños por el Mundo* sin dinero” (GD6). Podríamos decir —a pesar de un pasado de emigración— todavía persiste un temor difuso entre los españoles a salir fuera, que es especialmente intenso en las clases trabajadoras.

d) *El retorno a los orígenes: el caso de los inmigrantes*

El retorno resulta especialmente duro cuando no es elegido en función del logro de objetivos, dado que supone la aceptación de un fracaso. Hay que darse cuenta que la mayoría de los inmigrantes plantean su estancia en España como temporal, como una vía para acceder a recursos económicos que les permitan una vida mejor —esto es, una vía de movilidad social ascendente— en su país de origen (acceder a una casa en propiedad, establecer un negocio...). Además, plantearse el retorno, forzado desde una posición económica desfavorable, implica volver a comenzar de nuevo en lugares donde ganarse la vida es también difícil (“volver a empezar otra vez de cero o por debajo de cero, muy mal” E2). Por otro lado, no se regresa a la situación originaria, se ha perdido gran parte del capital social básico para desenvolverse, se han perdido claves interpretativas, la vuelta se produciría sin capital económico. Se trata de un panorama muy duro. Muchas veces también tienen hijos nacidos y/o criados en España que les atan con la sociedad de destino. No obstante, especialmente en el sector de emigrantes ‘supervivientes’ (adaptados a la subsistencia en circunstancias de ‘marginalidad’), no asusta el ganarse de nuevo la vida en el país de origen (“la vida me la puedo a ganar tanto sea aquí [en España] o ahí [en Marruecos]” E2).

e) *Las expectativas no racionales: La esperanza y la fe*

Se trata de otras estrategias de búsqueda de sentido que escapan del análisis racional del contexto vital. La esperanza no se articula como una expectativa real/sólida, que surge de la consideración concreta de una situación dada. Podríamos apuntar que, en sentido estricto, no es una estrategia de huida, sino que implica la instalación del sujeto en el *orden del deseo*. La esperanza —como estado de ánimo positivo— no parte necesariamente de criterios de valoración racional (normalmente se trata de todo lo contrario, por ejemplo, concretado en afirmaciones del tipo ‘tengo una corazonada’). De hecho, el ‘recurso’ a la esperanza aparece cuando las expectativas racionales se disuelven en la cotidianidad. La articulación de la esperanza puede ser perfectamente ‘irracional’, es más, en ocasiones se confronta a una terca realidad que se impone (por ejemplo, en un contexto de crisis). Así, la esperanza aparece como la última posibilidad —que puede ser remota, desde una perspectiva ‘objetiva’—, y en ese sentido, es en el que se utiliza la expresión “La esperanza es lo último que se pierde” (GT2).

La posición discursiva de la esperanza se ubicaría, en cierto sentido, en el universo de la autoayuda, de la necesidad de ser positivo, de crecerse ante la adversidad, de perseverar, de no darse por vencido (“...tenemos que intentar ser... dentro de lo malo, ser positivos y ver que esto

no va a durar... [...] no va a durar siempre” GD3). Entre los nuevos pobres son las mujeres las que se instalan de manera más clara en la esperanza (...de un cambio ‘azaroso’ del destino que cuestione lo racional), los hombres se ubican más en las expectativas racionales.

En el mismo espacio discursivo, también aparece la religión como refugio. Lo encontramos en un pequeño sector de las mujeres, y también entre algún sector inmigrante (fundamentalmente marroquíes y latinos). La crisis favorece neo conversiones religiosas (“yo nunca había sido creyente” GD5), o la ‘recuperación’ de creencias perdidas o relegadas vitalmente. La evasión hacia lo religioso es mucho más frecuente entre las mujeres, cuando el resto de recursos falla. Surge en contextos de impotencia, cuando simplemente no hay soluciones disponibles en el espacio de lo real —en un momento en el que ya no queda ni un hilo de esperanza—. Literalmente se trata de la búsqueda de un milagro derivado de la intercesión divina, justo cuando no hay nada —ni nadie— en lo que poder confiar en el espacio de lo cotidiano (instituciones, personas...).

3.2. *Las estrategias colectivas*

Pasaremos ahora a revisar las estrategias de tipo colectivo, cuya presencia es relativamente secundaria en nuestro material empírico.

3.2.1 El refugio grupalista: El comunitarismo regresivo

En este caso, el objetivo se limita a la convivencia grupal, se busca la gratificación directa derivada del ‘estar con los otros’ y compartir. La inserción grupal pasa a configurarse como un elemento básico de la identidad. Se trata de configurar un espacio de ocio y al mismo tiempo terapéutico, se busca la satisfacción emocional, pero al mismo tiempo también ‘matar el tiempo’ en un contexto de paro forzoso. La grupalidad se erige como un oasis cálido en medio de la crudeza de la crisis.

3.2.2 La movilización colectiva

El contexto de la movilización entre los segmentos sociales empobrecidos es difícilmente caracterizable, no obstante, sí podemos señalar que sólo una fracción extremadamente minoritaria se ha adscrito a movilizaciones colectivas, o es potencialmente movilizable. De hecho, las propias clases populares empobrecidas ven muy improbable su movilización como colectivo, lo que aparece la mayoría de las veces como un deseo difuso, y no como un horizonte próximo de acción política compartida.

La percepción de la movilización es muy diversa, en el colectivo de nuevos pobres parece existir un mayor apoyo, comprensión y afinidad cuanto más bajo es el estatus socioeconómico (aunque la minoría movilizada tiende a corresponderse más con posiciones ‘originarias’ de clase media). La clase obrera apoya mayoritariamente las movilizaciones del 15-M, e incluso aparece una cierta idealización en los primeros compases del movimiento. En nuestro material empírico llama poderosamente la atención que el sector joven de las clases populares empobrecidas, parecía estar desconectado y ser totalmente ajeno —en la primavera del 2011— con respecto a lo que sucedía en las calles. Resulta cuando menos sorprendente, casi inaudito —y al mismo tiempo extremadamente revelador—, que no aparecieran referencias espontáneas al 15-M en nuestros grupos de jóvenes, justo en el momento de mayor efervescencia y repercusión mediática del movimiento. Sin embargo, sí existen valoraciones directas —no forzadas—, en todos los grupos de adultos.

Por supuesto, tanto la clase media baja como la clase media funcional en situación de pobreza se posicionan frontalmente —salvo fracciones minoritarias, incluidos claro está los propios microsegmentos movilizados— en contra de la participación movilizada, en ocasiones, con posiciones extremadamente beligerantes y viscerales. Proceden a identificar a los movilizados como maleantes, hippies, ‘perroflautas’, vándalos, vagos, etcétera. Existe una distorsión y trivialización del 15-M asociándolo a comportamientos de incivismo extremo, y desde ahí, se deslegitima cualquier propuesta. Se niega cualquier dimensión democrática en la movilización.

En nuestro material empírico se reflejan dos variantes principales de movilización que pasamos a caracterizar brevemente a continuación.

a) *El imaginario de la ‘revuelta’: La movilización defensiva violenta*

Se trata fundamentalmente de un imaginario sin correlato en el espacio de la movilización —al menos por el momento— en España. La posición de referencia es ‘la rabia’, que se asocia a una salida violenta y destructiva, en la mayoría de los casos sin trasfondo propositivo (presente incluso en el sector movilizado): “tenemos que estar fuertes y tenemos que empezar a pegar patadas fuertemente” (GT1). El imaginario de la revuelta toma la forma de una venganza contra el poder político, conducida por los sectores populares. Frecuentemente la salida apoyada en la rabia se emparenta con posibles salidas populistas, al demandar un liderazgo carismático que pueda canalizar esa rabia y malestar, aglutinar la masa popular contra el poder existente (posición arquetípicamente expresada en nuestro grupo de obreros de la construcción en paro GD2).

Como contrapunto complementario de la búsqueda de un líder mesiánico que encauce a la masa contra el Estado, y acabe con el poder establecido, aparece el discurso elitista meritocrático, que coincide en la necesidad de un liderazgo carismático fuerte, alguien con un ‘don’ (“...yo creo que falta, yo creo que un liderazgo, para la gente, que sea capaz de llegar a los... a los demás, gente con empatía, gente con... con carisma, imagen, que, que sea capaz de... de transmitir” GT2). La diferencia es que mientras que los obreros pobres piden una movilización contra el Estado (llena de ira), los elitistas meritocráticos de las clases funcionales en paro, buscan en el líder carismático alguien que encauce y dirija ‘por el buen camino’ —normalizado, dentro del orden— a la masa a la que en cierta medida desprecian. Ambas posiciones marcan la existencia de un evidente potencial de deslizamiento hacia la legitimación de posiciones autoritarias, cuando el malestar de las capas populares crece rápidamente.

b) *La protesta política y la movilización propositiva: los movimientos sociales*

Encontramos dos posiciones entre los movilizados, una primera fracción adopta un planteamiento ‘pesimista’ (que parece ser la dominante) con respecto a la potencialidad de movilización y una segunda posición ‘optimista’ que observa dinámicas positivas.

La posición ‘pesimista’ decepcionada

Tras casi un año y medio desde el surgimiento del movimiento del 15-M, se deja traslucir en este segmento movilizado una visión decepcionada del nivel de movilización ciudadana en Madrid¹³. Se considera que la respuesta ciudadana es fragmentaria, con diversos colectivos que hacen la lucha ‘por su cuenta’, no generándose un bloque social amplio (mayoritario), que es lo que pareció que podía lograrse en los primeros momentos del movimiento 15-M. La energía ‘popular’ parece haberse agotado “...nos tienen divididos y entumecidos. El año pasado [2011] había cierta expectativa de parar estos recortes en educación...” (GT1). Se identifica una fase depresiva —pese a las movilizaciones sectoriales—. El relato de la movilización, pasa a ser para estos moderados un relato de un fracaso: “no ha servido para nada hacer huelga” (GT1).

La posición ‘optimista’ adaptativa

¹³ El grupo triangular de referencia de nuevos pobres movilizados se celebró tras el 25-S ‘Rodea el Congreso’ y sus posteriores ‘réplicas’ de intensidad descendente, muy condicionadas por la estrategia de contundencia represiva desarrollada por parte de la policía.

Desde esta posición tampoco se identifican niveles elevados de participación. El movimiento ciudadano no es todo lo vigoroso ni numeroso que debía ser, pero se enfrenta a la estrategia de confusión, distorsión y represión por parte del Estado. El sentido de la movilización es incuestionable: “hay que actuar, uno no hace nada, ni dos, pero uno y otro y otro y otro al final...” (E4). A pesar de reconocer que no se han conseguido avances significativos, hay una percepción más positiva que entre el segmento pesimista. Si se hace una lectura de largo recorrido, la realidad de la movilización ha mejorado significativamente (“...sí que me siento más optimista, o sea, yo sí que veo más, más movilización que hace unos años” GT1).

Por otro lado, si bien los objetivos políticos pueden no conseguirse, la movilización siempre tiene un efecto social positivo: “las movilizaciones y la organización consiguen por lo menos la concienciación de la gente y que haya redes entre la gente” (GT1). Es muy difícil mantener un nivel elevado de movilización continuamente (las elites juegan con esa ventaja), y las estrategias de represión de la movilización¹⁴, han generado miedo (“hay mucho miedo” E6). El deslizamiento hacia la represión escenificado en el 25-S, hace que aumente la crítica hacia la democracia formal (“no puedes ni protestar ¿para qué queremos la democracia entonces?” E4).

Las propuestas de cambio se articulan en torno a ‘proyectos’. Éstos implican la configuración de pequeños reductos comunitarios politizados —de orientación no explícitamente universalista—, que expresan más bien una disposición hacia el apoyo mutuo entre los sujetos movilizados, tratando de generar recursos colectivos. Esto no significa que sean iniciativas cerradas, en general, aspiran a una proyección externa. Se trata de espacios de participación que tratan de escapar a la lógica del mercado.

4 Imágenes sobre la pobreza

En el discurso de los nuevos pobres aparecen las imágenes de la pobreza como un riesgo próximo donde, por el momento, no se ven involucrados. Curiosamente ninguna de las personas que han entrado a formar parte del trabajo de campo se auto-concibe abiertamente como incluida en el grupo de pobres (a pesar de que objetivamente y según los indicadores, así lo sean, y de que buena parte de ellos y ellas reconozcan abiertamente que de no ser ayudados por sus familias “estarían en la calle”), más allá de los discursos retóricos y las frases hechas que remiten a la contraposición polarizada rico-pobre, o de una consideración fugaz en la que se incluye el

¹⁴ Represión disciplinaria que también alcanza el ámbito del trabajo “si protestas vas a la calle”, “no puedes hacer nada, si tienes un trabajo, estar calladito, aguantar” (E8).

vocablo en frases tópicas¹⁵. Sí se habla de necesidad, de privaciones concretas vinculadas a su vivencia, pero no de pobreza. En este sentido, se constata la validez del diagnóstico formulado por Wacquant (2007) según el cual, el lugar de la pobreza, definida como carencia, como ausencia, y frecuentemente estigmatizada, difícilmente se constituye como lugar social de identidad posible, dificultando de esta manera la toma de conciencia de la propia situación y frenando las posibilidades de la emergencia de posicionamientos colectivos.

Parece permanecer en el imaginario la imagen tradicional de la pobreza como equivalente a miseria, pobreza evidente, pobreza de solemnidad, pública y que se presenta abiertamente en las calles. Es el espacio de la pobreza extrema, antes restringido a espacios muy minoritarios, y que paulatinamente comienzan a ver aproximarse con verdadero “horror”; es el horror a una pobreza antes mantenida bien distante y debidamente categorizada y “culpabilizada” a partir de una concreción de características básicamente de carácter individual, contempladas en términos de déficits morales o de capacidades. En este sentido, a pesar de la amenaza en ciernes, ellos no se ven involucrados en esa pobreza tradicional que se restringe a los casos extremos, que representan y concretan, de manera casi unívoca en “aquellos que rebuscan en la basura” o “aquellos que están en la calle”.

Así, esa pobreza no nombrada, esa pobreza moderna, sería una de carácter privado, que se sufre en la intimidad, que aqueja a “la gente normal”, que no invade la calle y no es extrema, que se ve (auto)censurada y disimulada, y que consigue paliarse solo gracias a la ayuda de familiares, cuando esto es posible. Solo muy ocasionalmente se explicita el uso de servicios públicos o privados especialmente habilitados para atender situaciones de pobreza, servicios que en muchas ocasiones parecen estar ausentes del abanico de posibilidades. En buena parte de los grupos y entrevistas surge reiteradamente el tema de la vergüenza de pedir ayuda, de la humillación que supone y de las estrategias que se despliegan para evitar demandarla o, incluso, hacer saber siquiera la situación de privación que se padece (en ocasiones, incluso, a los propios familiares). Es así, una pobreza que desde su invisibilidad social, carece de fuerza de presión y se muestra incapaz para potenciar la denuncia.

5 Conclusiones

¹⁵ Cuando la dinámica del grupo o de la entrevista empuja hacia un cierto posicionamiento en la estructura social (una cierta presión indirecta al auto-posicionamiento) se produce frecuentemente una ampliación por elevación, de forma que se convierte en pobres a todos los parados, o incluso en el contexto actual a toda la clase trabajadora, de manera que se termina por equiparar pobreza con las clases populares.

A lo largo del texto de la comunicación se han revisado —de una manera muy esquemática— algunas de las posiciones discursivas más representativas entre los ‘nuevos pobres’, atendiendo especialmente a la atribución de responsabilidades con respecto a la crisis, y también se han explorado algunas de las estrategias más relevantes a la hora de encarar las situaciones de privación y desarticulación identitaria que afectan —en muchos casos de forma dramática— a este colectivo. Tanto en las explicaciones sobre la crisis, como en las estrategias desarrolladas para encararla, el *sujeto* ocupa una posición significativamente central. En los discursos, al sujeto social individualmente considerado, se le atribuye una cuota importante de responsabilidad en la génesis de la crisis —encontramos una autoculpabilización reflexiva que alcanza de lleno a los propios ‘nuevos pobres’—, sin que ello signifique en ningún caso que no se apunten otros grandes ‘culpables’, entre otros la casta política, vilipendiada sin compasión. Por otro lado, a la hora de encarar las consecuencias de la crisis, los ‘nuevos pobres’ tienden a desarrollar de manera hegemónica estrategias individuales, ocupando una posición relativamente marginal aquellos recursos articulados de forma grupal y/o comunitaria, o incluso institucionalmente (excepción hecha del apoyo familiar, aunque frecuentemente también éste responda a una lógica también individualizada). Además, las estrategias políticas de gestión de la crisis ocupan una posición enormemente residual en un contexto en el que la subsistencia cotidiana, marca despiadadamente la agenda. En ese sentido, la marginalidad de las estrategias políticas y la ausencia de movilización, no son realmente sorprendentes, pero de nuevo, el hecho resulta enormemente significativo.

La consecuencia de este deslizamiento individualizador (que no sólo afecta al colectivo de ‘nuevos pobres’), implica que el potencial deslegitimador efectivo del orden institucional —político y económico—, aun en un contexto de verdadera emergencia social, con unos niveles de pobreza y privación inauditos e intolerables, se ubica en unos niveles realmente bajos —al menos por el momento—. Así pues, parece que los potentes discursos centrados en la individualización, y más específicamente en la psicologización de la realidad y vivencia de la crisis (que identifican un individuo enfermizo, superado y abatido, y no un orden social mórbido e injusto), están logrando establecer un marco poco halagüeño para la repolitización colectiva de los ‘nuevos pobres’.

Bibliografía

- Alonso, L.E., C. Fernández y R. Ibáñez** (2011). “Del consumismo a la culpabilidad: en torno a los efectos disciplinarios de la crisis económica”, en *Política y Sociedad*, vol. 8, nº 2, 353-379.
- Altheide, D.L.** (2001). *Creating fear. News and the construction of crisis*, New York: Aldine de Gruyter.

- Augé, M.** (2012). *Futuro*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Bauman, Z.** (2011). *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Madrid: Fondo de Cultura Ecómica.
- Beck, U.** (2001). *La Sociedad del Riesgo: Hacia una Nueva Modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Cadahia, L.** (2012). “El dispositivo de la crisis como nuevo Orden Mundial”, en L. Cadahia y G. Velasco (comps.), *Normalidad de la crisis/ crisis de la normalidad*, Madrid, Katz Editores.
- Clarke, S.** (1994). *Marx's Theory of Crisis*. New York: Scholarly and Reference Division, St. Martin's Press.
- Colectivo Ioé** (2007). *Interpretaciones de la condición migrante. Exploración de los discursos de la población inmigrada en España*.
http://www.colectivoioe.org/index.php/publicaciones_investigaciones/show/id/68
 (Consultado en noviembre de 2012)
- Dominguez Sánchez-Pinilla, M.** (2000). “Distintos significados de la crisis”, en *Nómadas. Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, núm. 1.
- Habermas, J.** (1995) [1973]. Problemas de legitimación en el capitalismo tardío. Buenos Aires: Amorrortu
- Held, D.** (2001). *Modelos de democracia*. Madrid: Alianza.
- Lizcano, E.** (2008). “Narraciones de la crisis: viejos fetiches con caras nuevas, en *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, núm. 83-84, pp. 33-43.
- Lizcano, E.** (2012). “Investigando cómo se construye/analiza un imaginario: retórica e ideología en los discursos expertos sobre la crisis económica”, en Daniel Ginea-Martín (coord.), *Trucos del oficio de investigador. Casos prácticos de investigación social*. Barcelona: Gedisa.
- Merton, R.K.** (1995) [1949]. *Teoría y estructura sociales*. México: Fondo de Cultura Económica
- Morin, E.** (1995). “Por una teoría de la crisis”, en *Sociología*. Madrid: Tecnos.
- Nieto, A.** (2008). *El desgobierno de lo público*. Barcelona: Ariel.
- Orellano, V., Marra, L., Berenguer, L., Collado, A.** (2007). *Entre piquetes y cacerolas. Huellas de la crisis en discursos sociales*. San Juan: EFFA.
- Sennett, R.** (2001) [1974]: *El declive del Hombre Público*. Barcelona: Península.
- Žižek, S.** (2009). *Primero como tragedia, después como farsa*. Madrid: Akal.